

## EL PERFIL PSICOLOGICO DE LOS ANARQUISTAS EN LA LITERATURA ESPAÑOLA (1890- 1910)

MANUEL VILLEGAS BESORA

*Universidad de Barcelona*

VIRGILI IBARZ SERRAT

*Universidad Ramón Llull*

### RESUMEN

Este trabajo es una primera aproximación al análisis del perfil psicológico de los revolucionarios anarquistas en la literatura española. A finales del siglo XIX los libertarios habían llegado a constituir un mundo autónomo respecto de la sociedad española. El anarquismo fue una corriente política que se caracterizó en buena medida por no ser una doctrina, sino una actitud.

Entre 1890 y 1910 transcurren dos décadas que han pasado a la historia del anarquismo español con el lúgubre tinte del terrorismo. Durante este período el movimiento libertario atravesaba una etapa expansiva: abrió sus filas a un sector de la clase media ilustrada -entre los llamados «obreros de levita»-, a la que pertenecían numerosos intelectuales.

En la prensa anarquista y en la literatura española aparecen las descripciones de dos grupos bien diferenciados por el temperamento de sus integrantes: el antiviolento de raíz casi mística y el dinamitero. Cada grupo representaba un extremo de una actitud global quizá no más contradictoria que otras.

### ABSTRACT

This paper is a first approach to the analysis of the psychological profile of the anarchist revolutionaries in Spanish literature. At the end of the 19th century, the libertarians had become an autonomous world with regard to the Spanish society. Anarchism was a political current which was basically characterized for its being an attitude rather than a doctrine.

Between 1890 and 1910, there are two decades that have gone down in the history of the Spanish anarchism with the gloomy character of terrorism. During that period, the libertarian movement was undergoing an expansive phase: it

opened its doors to a sector of the illustrated middle class -among those called «white-collar workers»-, to which a large number of intellectuals belonged.

It the anarchist press and the Spanish literature there are descriptions of two well-differentiated groups because of the character of their members: the anti-violence group, with an almost mystic basis, and the dynamite group. Each group represented an extreme of a global attitude that may be not more contradictory than others.

## 1. INTRODUCCIÓN

Este trabajo es una primera aproximación a la descripción del perfil psicológico de los revolucionarios anarquistas en la literatura española. Los medios de comunicación social han destacado la conmemoración del centenario del asesinato de Cánovas y la ejecución de cinco anarquistas en Barcelona. A finales del siglo XIX los libertarios habían llegado a constituir un mundo autónomo respecto de la sociedad española. El anarquismo fue una corriente política que se caracterizó en buena medida por no ser una doctrina, sino una actitud (Álvarez Junco, 1991, p. 10), lo que contribuyó a marcar las diferencias entre anarquistas y otros grupos políticos o ideológicos.

Una de las diferencias entre anarquistas y marxistas reside en la escasa rigidez doctrinal de los primeros, a la vez que su apoyo decidido a cualquier reivindicación popular. Del ideario anarquista hay que destacar la permanente exigencia de libertad individual en los terrenos más diversos, la autogestión y el federalismo como soluciones políticas y económicas, la fe en la cultura como elemento emancipador o las críticas al dogmatismo y al dirigismo como tácticas revolucionarias.

La división entre socialistas y anarquistas era geográfica (con bastiones anarquistas en Cataluña y Andalucía, que se extendían hacia Valencia y Aragón, y con avanzadillas en Asturias y Galicia) a la vez que temperamental (Raymond Carr, 1970, p. 421). Había un tipo de revolucionario español cuyo entusiasmo no podían despertar la doctrina marxista ni la táctica gradualista.

Las décadas comprendidas entre 1890 y 1910 han pasado a la historia del anarquismo español con el lúgubre tinte del terrorismo. En enero de 1892, acuciada por el hambre y el paro, una multitud anarquista armada con hoces y escopetas de caza invadió Jerez, abatiendo a *quienes iban bien vestidos* (Carr, 1970, p. 424). La terrible represión de la revuelta de Jerez, con cinco ejecuciones, da pábulo a la idea de que existe una situación de guerra abierta entre burguesía y proletariado, en la que los actos cruentos están legitimados.

En septiembre de 1893, como respuesta a la represión de Jerez, Paulino Pallás atentó, sin éxito, contra la vida de Martínez Campos, por lo que fue ejecutado. Pretendiendo vengarle, Santiago Salvador arrojó dos bombas al patio de butacas del teatro Liceo, de Barcelona, causando veinte víctimas. Como consecuencia de los atentados, en 1894 y 1897, se aprobaron dos leyes de

represión del terrorismo y se creó un cuerpo especial de policía, la brigada político-social, cuya primera actuación importante se relacionó con la bomba lanzada por un desconocido contra la procesión del Corpus Christi de 1896, en la calle barcelonesa de Cambios Nuevos (Álvarez Junco, 1991, p. 496). Unas cuatrocientas personas, anarquistas o afines, fueron detenidas y, según todos los testimonios, se utilizó contra ellos la tortura en la prisión-fortaleza de Montjuïc, logrando que Tomás Ascheri se declarase autor del atentado y acusase a una amplia red de cómplices. En el proceso se pidieron veintinueve penas de muerte y cincuenta y nueve de cadena perpetua, siendo finalmente cinco los ejecutados (más uno suicidado en prisión); de hecho, el verdadero autor nunca fue descubierto y el proceso hubo de ser revisado pocos años después. Contra los procesos de Montjuïc se elevaron fuertes protestas en España y sobre todo internacionalmente. La última consecuencia fue el asesinato de Cánovas, en agosto de 1897, por el anarquista italiano Michele Angiolillo.

Entre 1904 y 1906 la ola terrorista se recrudece con tres atentados célebres: el fallido de Joaquín Miguel Artal contra Maura, presidente del Consejo de Ministros, en respuesta a la actuación policial en Alcalá del Valle, las extrañas bombas de la Rambla de las Flores y la calle de Fernando, en Barcelona, aparentemente inmotivadas; y el explosivo lanzado por Mateo Morral contra la comitiva regia con ocasión de la boda de Alfonso XIII.

En cuanto a las bombas de Barcelona, la reacción anarquista fue unánime: se trata de actos desprovistos de sentido político, injustificables y, con seguridad, no cometidos por militantes libertarios. Este tipo de denuncias contra las «*bombas policiales*» persisten hasta 1910, arreciando sobre todo a partir del juicio de Juan Rull -confidente policial convicto de terrorismo él mismo- que confirmó parcialmente las protestas de inocencia anarquista.

## 2. EL PERFIL PSICOLÓGICO DE LOS ANARQUISTAS EN LA PRENSA LIBERTARIA

En la prensa anarquista de la época aparecen dos grupos bien diferenciados por el temperamento de sus integrantes: el antimilitarista de raíz casi mística y el violento. Utilizamos el término «*temperamento*» por ser el que aparece con más frecuencia en la prensa y la literatura.

Debemos tener en cuenta que el terrorismo nunca pasó de ser una doctrina minoritaria; paralelamente a él funcionaba otra tradición anarquista, la del auto-perfeccionamiento y la educación racionalista (Carr, 1970, p. 423).

Ya hemos visto que los focos más importantes de la actividad anarquista estaban en Andalucía y Cataluña. Hasta los años noventa la fuerza del anarquismo radicó en Andalucía. Se difundió rápidamente por los cortijos y aldeas andaluces en parte porque las ideas de Bakunin coincidían con las tradiciones de esa sociedad, pero también porque los anarquistas estaban dispuestos a hacer suyas las reivindicaciones de los trabajadores andaluces.

Las revueltas fueron sustituidas por huelgas débilmente organizadas. Estas huelgas culminaron en una huelga general en Córdoba en 1903. El movimiento

fue vencido por el hambre -1904 fue un año de malas cosechas- y durante la década siguiente el anarquismo perduró como una esperanza.

En Andalucía el anarquismo fue más un estado de ánimo que una organización. En la prensa anarquista se puede observar que la devoción inspirada por los propagandistas itinerantes se debía al hecho de que éstos recorrían los cortijos y compartían la comida con los jornaleros, leyendo fragmentos de la prensa anarquista sudamericana y recitando el ideario anarquista que las familias locales se sabían de memoria. Este ideario, que poseía muchas de las características de un fervor religioso, tenía también una versión última del reino de la justicia, en el que los hombres recuperarían la dignidad perdida y donde las relaciones humanas se desarrollarían en perfecta libertad y armonía. Mientras que en Cataluña esta utopía era un anacronismo impensable, los braceros de los cortijos andaluces creían que cuando hubieran sido eliminados los ricos, el sueño anarquista podría realizarse de inmediato.

El más querido de los propagandistas andaluces fue Salvochea, convertido por los anarquistas en el santo del movimiento, en el Cristo del anarquismo que repartía sus pertenencias entre los pobres. En la prensa anarquista se publican artículos y cartas que consideran a Salvochea mártir del anarquismo. Hemos podido localizar cuatro artículos de Salvochea publicados en la prensa libertaria: *La verdad sobre lo ocurrido en Cádiz (El Productor, 1890, núm. 226)*; *Carta de Salvochea desde Cádiz (La Anarquía, 1891, núm. 61)*; *La propaganda por el hecho (Suplemento Revista Blanca, 1892, núm. 17)* y *La acción (Suplemento Revista Blanca, 1893, núm. 144)*. A través de estos artículos de opinión, podemos apreciar el carácter apacible del autor: a pesar de la feroz represión gubernamental, considera que el camino de la autorealización personal y social sólo es posible conseguirlo por medios pacíficos. Más adelante volveremos sobre Salvochea.

Los anarquistas andaluces no consideraban el conflicto social como una guerra larga, sino como un triunfo repentino de las verdades predicadas por los propagandistas itinerantes. En nuestra opinión, esta característica explica la naturaleza cíclica de los libertarios andaluces: rápidos en entusiasmarse, pero también rápidos en desesperarse.

En Cataluña la inmigración de trabajadores procedentes de otras zonas de España, la persistencia de una industria pequeña, la existencia de apretados barrios obreros en el interior de Barcelona, favorecía el anarquismo. Para los nacionalistas catalanes, creyentes en el «seny» (buen sentido) y en el espíritu analítico y positivo del genio catalán, el anarquismo se explica por el fenómeno de la inmigración. Creemos que esta explicación viene a ser una excusa. Hay que tener en cuenta la intransigencia de los patronos de Barcelona y la brutalidad de la represión policiaca. En estas circunstancias las antiguas tradiciones asociativas eran inadecuadas e inútiles. La oleada de huelgas de Barcelona de 1903 a 1904 fue desastrosa. El número de los trabajadores de los sindicatos militantes descendió rápidamente. El anarcosindicalismo era todavía un movimiento minoritario, quebrantado por disputas doctrinales y con una rémora de hombres violentos.

En Sabadell se publican dos periódicos titulados *Ravachol* (1892, núms. 1-2) y *El Eco de Ravachol* (1893, núm. 3), que se muestran partidarios de la acción violenta. Incluso los periódicos inclinados hacia el legalismo oscilan significativamente: *El Productor* (1902, núm. 16) niega eficacia a la protesta pacífica y *La Anarquía* (1906, núm. 3) tras comenzar opinando que la ejecución de Ravachol es un triste asunto, evoluciona hasta considerar que los anarquistas deben asistir serenos a la muerte de nuestros mártires.

Entre 1894 y 1901, coincidiendo con la ola de terrorismo anarquista internacional, se halla con mayor frecuencia la defensa abierta del atentado político como encarnación por excelencia de la «propaganda por el hecho», de la rebelión activa.

Creemos que, junto a la justificación del terrorismo, existía también en el anarquismo catalán una exaltación directa de la violencia y la destrucción como valiosas en sí mismas, de la que podrían ser pruebas las citas de Proudhon («*Destruam et aedificabo*») y Bakunin («*La pasión de la destrucción es una pasión creadora*») que se publican en los periódicos. En la prensa anarquista catalana se puede observar una cierta complacencia al describir las características destructoras del acto revolucionario final.

De la lectura de la prensa anarquista se deduce la formación de dos grandes grupos: los dinamiteros y los pensadores. Pero de ningún modo debe concluirse que éstos últimos constituyeran una corriente aparte, separada por un abismo de los violentos. Cada cual representaba un extremo de una actitud global quizá no más contradictoria que otras.

### 3. EL PERFIL PSICOLÓGICO DE LOS ANARQUISTAS EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

Durante el período reseñado el anarquismo atravesaba una etapa expansiva: abrió sus filas a un sector de la clase media ilustrada -entre los llamados «*obreros de levita*»-, a la que pertenecían no pocos jóvenes y escritores. Sin embargo, está por estudiar qué estímulo pudo recibir la mística terrorista de intelectuales burgueses, entonces atraídos por el potencial demoledor de la doctrina libertaria.

El anarquismo traspasó entonces el límite que parecía ser su frontera natural, es decir, el de ser un movimiento revolucionario obrero y se extendió -a diferencia del socialismo coetáneo- por otros órdenes de la vida, como la moral o el arte, donde las teorías sociales raramente habían llegado con tanta influencia. Ya hemos visto que la división entre socialistas y anarquistas era geográfica y temperamental. Para muchos jóvenes, unirse a los socialistas era ir a *marcar el paso de la oca en un regimiento prusiano* (Carr, 1970, p. 421). La expresión fue utilizada por el joven catalanista Nicolau d'Oliver para describir la reacción de sus compañeros estudiantes frente al socialismo.

Hemos de tener en cuenta que la fuerza del anarquismo, como movimiento opuesto al socialismo, radicaba en que su doctrina podía albergar y ampliar una revolución primitiva y al mismo tiempo absorber el fermento republicano liberal.

La novela *Aurora roja*, de Pío Baroja, publicada en 1904, contiene un penetrante esbozo de la psicología anarquista: el idealista republicano -el federalista sobre todo-, desilusionado llegaba inevitablemente a ponerse al lado de los anarquistas (Baroja, 1904). El escritor vasco piensa que, en general, los anarquistas se creían apóstoles, hombres superiores. Se figuraban muchas veces que con cambiar el nombre de las cosas también cambiaban su esencia. Baroja distingue tres actitudes: un anarquismo de carácter humanitario y artístico; otro de un individualismo rebelde, de un carácter más filosófico que práctico y una última forma, un anarquismo de arrojo, de destrucción.

Hemos visto que la propaganda anarquista con sus revelaciones podía conquistar toda una aldea andaluza con el convencimiento de que se acercaba el advenimiento de la época profetizada por los apóstoles. Recordemos que el más querido de los propagandistas fue Salvochea. Existe un magnífico retrato suyo en la novela de Blasco Ibáñez, *La bodega*, escrita entre 1904 y 1905. Con esta novela, el escritor valenciano nos lleva a la campiña jerezana y nos brinda un cuadro naturalista del ambiente popular andaluz. El personaje central, Salvatierra, está basado en la vida de Salvochea. Para Blasco Ibáñez (1919), Salvatierra era un santo laico. Si hubiese nacido dos siglos antes, hubiese sido un religioso mendicante preocupado por el dolor ajeno y tal vez habría llegado a figurar en los altares. Considera que Salvatierra ponía tal convicción, tal fe en sus palabras, que eran acogidas por los creyentes con el mismo respeto que las simples turbas medievales escuchaban al apóstol iluminado que anunciaba el reinado de Dios.

Para analizar el perfil psicológico de los anarquistas en la literatura española hay que tener especialmente en cuenta las teorías de Cesare Lombroso (1835-1909). La primera alusión que de los anarquistas hizo Lombroso fue a propósito de los «*criminales por pasión*», en la edición de 1887 de *El hombre delincuente* (Peset y Peset, 1975). Muy poco después, el tema del revolucionario político pasó a ser objeto de su libro *El crimen político y las revoluciones*, publicado en 1890. En él se hallan expuestas algunas de las ideas que constituirán la base para su condenación global del anarquismo.

*Los anarquistas*, en versión castellana, apareció en 1894, el mismo año del original italiano y uno antes de que se publicara la traducción francesa. En esta obra, Lombroso redujo el problema anarquista a una cuestión de medición de cráneo y de cálculo del mayor o menor desequilibrio mental de sus protagonistas. El criminólogo italiano quiso ver en los anarquistas estigmas de atavismo coincidentes con los que atribuyera al criminal nato o los rasgos degenerativos de la epilepsia y la histeria que también ya previamente había registrado en los delincuentes comunes. Ravachol y Pini eran a su juicio ejemplos de estas dos variedades criminales (Lombroso, 1894).

El hecho mismo de que, según Lombroso, muchos anarquistas utilizaran el argot o se tatuaran reforzaba su convicción de que pertenecían al tipo criminal. Incluso los que aparentemente no presentaban un estigma patológico definido eran naturalezas desequilibradas que, bajo el influjo de la miseria, propendían al fanatismo y al crimen. En el capítulo último de su libro, titulado *Profilaxis*,

propuso Lombroso una serie de medidas preventivas y de represión. Destacan entre éstas la deportación masiva a las islas despobladas de Oceanía, para los anarquistas más peligrosos, es decir, para los equiparables a los criminales natos; y la reclusión en el manicomio para los epilépticos e histéricos.

Martínez Ruiz, en unas páginas de *Notas Sociales*, publicado en 1895 -el libro más militantemente anarquista del futuro Azorín-, fue uno de los primeros en alzarse contra las apreciaciones de Lombroso. Califica a éste de hombre avezado a ver la sociedad a través de sus enfermedades y le reprocha que, en lugar de una psicología (como la propuesta por Augustin Hamon, cuya obra comentaremos más adelante), se haya limitado a ofrecer una patología del anarquista (Martínez Ruiz, 1947).

El anarquismo, para Martínez Ruiz, es algo más: es una idea de la que poco o mucho participan todos los hombres y cuyo gran desarrollo se explica por el aumento del sentimiento de justicia y de la sensibilidad. Esta noción -algo así como un rasgo «inconsciente» de la época fue compartida por sociólogos como Hamon y fue común también entre los anarquistas de orientación moderada, tipo Ricardo Mella (1861-1925). Estamos de acuerdo con Maristany cuando afirma que este dato merecería cierta atención (Maristany, 1973, p. 71).

La fijación física y moral del delincuente que se desprende de las teorías lombrosianas podía dar una justificación «científica» de la represión coetánea de las revueltas anarquistas. Rafael Salillas fue el autor más conocido de la antropología española. Publicó un comentario de los sucesos de Jerez en el artículo *Manada de locos*, que fue reproducido por la prensa anarquista (*El Productor*, 18 de febrero de 1892). Salillas expone que el sol y el vino se habían subido a las cabezas de aquellos criminales natos que pudieron hacer una terrible matanza y se conformaron con dar unos cuantos vivos y esperar que la fuerza pública los ametrallase. Para los anarquistas, Salillas, como otros muchos que estudian a los hombres humildes a la mayor distancia posible, no han visto el tipo común a toda la campiña andaluza: no han visto que aquellos jornaleros son un manojo de huesos revestido de una piel rugosa, cuerpos deformados por un trabajo continuo y una alimentación insuficiente.

Creemos que nadie mínimamente sereno podía aceptar las lógicas derivaciones de la teoría antropológica de Lombroso, tal como las aplicó en su libro contra los anarquistas. Hay que resaltar que incluso entre sus correligionarios italianos no faltaron voces de velada discrepancia. Sin embargo, entre 1894 y 1897 (período en que se promulgaron las dos leyes especiales del 94 y del 97 contra los actos de terrorismo), quienes más invocaron en España las teorías de Lombroso fueron los juristas y sociólogos de tendencia conservadora. No es que aceptaran las tesis lombrosianas; simplemente se sirvieron de ellas, ya que era cómodo para sus fines el diagnóstico del criminólogo italiano que colocaba a los anarquistas en la jurisdicción de la antropología criminal.

El libro *El socialismo y los anarquistas*, publicado en 1895, por un autor católico, Cristóbal Botella, es un buen exponente del parcial aprovechamiento de Lombroso. Para Botella, los hechos realizados por los libertarios confirman que el anarquismo, más que un partido, es un caso patológico social (Botella,

1895). Gil Maestre, autor de *El anarquismo en España y el especial de Barcelona*, publicado en 1897, realiza algunas tentativas de trazar retratos de psicología anarquista, sobre figuras protagonizadoras de célebres atentados del momento. Sin embargo, su ideología conservadora condiciona su percepción de los anarquistas como *los caballeros de la muerte y del exterminio* (Maestre, 1897, p. 55).

Se puede observar que muchos textos solían centrarse en la consideración de las tácticas más convenientes de represión y en el comentario de las leyes. Un ejemplo de ello nos lo ofrece César Silió, autor del ensayo *El anarquismo y la defensa social*, publicado en 1894. Silió piensa que la pena de muerte rodearía con la aureola del martirio a los anarquistas, esgrimiendo un argumento que también a Lombroso le llevaría a descartarla. La solución de Silió es la deportación masiva. Propone elegir algún paraje de Oceanía, bien alejado de las islas civilizadas y dejar *completamente abandonados a sus iniciativas y a sus instintos cuantos anarquistas existieran* (Silió Cortés, 1894, p. 147).

En textos de escritores españoles puede observarse la exaltación explícita de la violencia y la destrucción. Eduardo Marquina (1879-1946), Ramiro de Maeztu (1874-1936) o Julio Camba (1882-1962), que posteriormente evolucionaron hacia posiciones muy alejadas del anarquismo, exaltan los actos de fuerza en abstracto, como manifestaciones de valor, voluntad o nobleza, al margen de su inspiración política. Leamos, como ejemplo, un fragmento de un poema del primero titulado *Las hogueras*:

Llamas rojas, agudas, vibradoras,  
 como lengua de sierpe bipartida  
 levantaos triunfantes sobre todo  
 lo que la vida universal rechaza;  
 ¡Y devastadlo todo! Las viviendas  
 y los que las habitan, las coronas  
 y los ídolos, alma de la tierra (...)  
 (*Suplemento Revista Blanca*, 1900, núm. 43).

De Maeztu es suficientemente expresivo el cuento *El Central Consuelo*, incluido en su antología anarquista *Dinamita Cerebral* (Álvarez Junco, 1991, p. 505). *El Central Consuelo* es la narración de una revuelta obrera en la que domina la fascinación del autor por el espectáculo de una fábrica en llamas. Y Camba considera que la vida de un terrorista ejecutado es llama de luz y de incendio, de muerte y de resurrección. *Como el caos -¿por qué no decir el caos?- lleva en sí el desorden que ha de generar el mundo* (*El Rebelde*, 1905, núm. 18).

Sin embargo, estos últimos cantos a la violencia no son característicos de los anarquistas, ni coherentes con el resto de su doctrina. En la literatura española también aparece un anarquismo que podría describirse como esencialmente pacifista. Este pacifismo es debido a su optimismo antropológico y cósmico, su fe en la armonía natural, su crítica de la violencia de la sociedad burguesa y su ideal de una sociedad solidaria y no coactiva.



En nuestra opinión, puede contribuir a la clarificación el examen de las diversas «*psicologías del anarquista*», compuestas en la época. Por la riqueza documental de sus materiales, destaca dentro de este género el libro de Hamon, *Psychologie de l'anarchiste-socialiste*, publicado en 1895. Este autor, que gozó de una audiencia considerable en España: sobre el joven Martínez Ruiz, por ejemplo, era un simpatizante del anarquismo. La *Psychologie de l'anarchiste-socialiste* surgió como resultado de un análisis de textos anarquistas y de una encuesta hecha a militantes franceses y extranjeros, entre los que se cuentan algunos españoles. La pregunta que tenían que contestar los encuestados era cómo y por qué eran ellos anarquistas. Los consultados procedían de profesiones y medios sociales muy variados -aparecen entre ellos jóvenes artistas y literatos, dato que da indicio de la ya aludida expansión del anarquismo en esos años.

En este ensayo se realiza un retrato que enaltece a los anarquistas de fin de siglo. El autor considera que todo anarquista participa de un tipo ideal, lo cual permite que se le distinga de los demás hombres. Está dominado por el espíritu de rebelión en una o varias formas (espíritu de oposición, de crítica, de innovación), dotado de un gran amor a la libertad, egoísta o individualista, poseído de una gran curiosidad, de un vivo deseo de conocer. A estas características, Hamon añade un ardiente amor al prójimo, una sensibilidad muy desarrollada, un profundo sentimiento de justicia y un verdadero sentido lógico. El anarquista es, en resumen, un individuo rebelde, liberal, individualista, altruista, lógico, sediento de justicia, emprendedor y propagandista (Hamon, 1895).

Las simpatías de Hamon hacia el anarquismo le llevaron a considerar a éste como un movimiento de contenido ideológico revolucionario, y a excluir de su estudio al anarquismo dinamitero, variedad que él consideraba excepcional. El libro de Hamon fue publicado en castellano, con el título *Psicología del socialista-anarquista* (Hamon, s.f.e.). Fue traducido y prologado por un anarquista español, José Prat (?-1932). Pensamos que sería interesante cotejar en paralelo el retrato psicológico del anarquista que realizó Hamon con algunos héroes de la literatura de entonces. También se podría confrontar con la imagen desequilibrada que de la misma figura nos dejó Lombroso.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Álvarez Junco, J. (1991). *La ideología política del anarquismo español* (1868-1910). Madrid: Siglo Veintiuno de España.
- Baroja, P. (1904). *Aurora roja*. Madrid: Fernando Fé.
- Blasco Ibáñez, V. (1919). *La bodega*. Valencia: Prometeo.
- Botella, C. (1895). *El socialismo y los anarquistas*. Madrid: Imprenta de Enrique Teodoro.
- Carr, R. (1970). *España* (1808-1939). Barcelona: Ariel.
- Hamon, A. (1895). *Psychologie de l'anarchiste-socialiste*. Paris: Steek.

- Hamon, A. (s.f.e.). *Psicología del socialista-anarquista*. Valencia: F. Sempere y Compañía.
- Lombroso, C. (1894). *Los anarquistas*. Madrid: Sucesores Rivadeneyra.
- Maestre, G. (1897). *El anarquismo en España y el especial de Barcelona*. Madrid: Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández.
- Maristany, L. (1973). *El gabinete del doctor Lombroso (Delincuencia y fin de siglo en España)*. Barcelona: Anagrama.
- Martínez Ruiz, J. (1947). *Obras Completas, I*. Madrid: Aguilar.
- Peset, J.L. y Peset, M. (1975). *Lombroso y la Escuela Positiva Italiana*. Madrid: Instituto Arnau de Vilanova, C.S.I.C.
- Silió Cortés, C. (1894). El anarquismo y la defensa social. *La España Moderna*, Enero, 141-148.

#### APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO: PRENSA ANARQUISTA

- El Eco de Ravachol* (1893): núm. 3.
- El Productor* (1890): núm. 226.
- El Productor* (1892): 18 de febrero.
- El Productor* (1902): núm. 16.
- El Rebelde* (1905): núm. 18.
- La Anarquía* (1891): núm. 61.
- La Anarquía* (1906): núm. 3.
- Ravachol* (1892): núms. 1 y 2.
- Suplemento Revista Blanca* (1892): núm. 17.
- Suplemento Revista Blanca* (1893): núm. 144.
- Suplemento Revista Blanca* (1900): núm. 43